

Temas de debate

BOLETÍN DEL PROGRAMA DE INVESTIGACIÓN ESTRATÉGICA EN BOLIVIA

¿Quiénes mandan en Bolivia y quiénes les obedecen? En las siguientes líneas, algunos aspectos teóricos relativos al concepto de “elites de poder”, los aportes más recientes sobre el tema y un análisis sobre los rumbos de la investigación ante un panorama tan actual como fascinante.

Las elites de poder en Bolivia

LAS ELITES DE PODER: PRINCIPALES APROXIMACIONES TEÓRICAS

La escuela clásica de las elites se desarrolló entre fines del siglo XIX y principios del XX con los aportes de dos sociólogos italianos: Wilfredo Pareto y Gaetano Mosca. El primero, puso énfasis en las cualidades excepcionales de algunos individuos que lideran las actividades sociales en diferentes campos de acción como la economía, la política, las letras. De dichas cualidades personales se deriva el prestigio y el poder que ellos detentan individualmente y que se renueva por generaciones. Mosca, en cambio, puso el acento en los grupos que conforman estos individuos de la elite y su interés se centra en la manera en que se organizan, en los vínculos que los unen, en las estructuras que se crean. El prestigio lo relaciona con el poder económico, de tal manera que en la realidad social se conforma una elite más o menos homogénea y generalmente vinculada a través de lazos familiares, la cual lidera la sociedad en sus diferentes campos de acción. Para ambos autores clásicos, las elites políticas circulan y se mantienen en el poder gracias a su astucia o debido a sus méritos para desplazar a sus competidores, pero siempre lo hacen dentro de una estructura de poder piramidal y de tipo autoritario donde una minoría subordina a la mayoría.

En la segunda mitad del siglo XX, en contraste, en un contexto marcado por los avances del sistema democrático en las sociedades occidentales, se diversifican los grupos que compiten por el poder, no existiendo, por tanto, una elite única, sino varias. Aquí surge la corriente teórica “democrático-pluralista”, que concibe la vigencia de una pluralidad de elites cuyos poderes se compensan entre sí, alcanzando algún tipo de equilibrio. En consecuencia, a diferencia de los teóricos elitistas que acentúan la idea de dominio y de gobierno en el acceso desigual a los recursos de forma acumulativa e irreversible en manos de un grupo social selecto, cuyo poder político está concentrado tendiendo a crear una estructura jerárquica

permanente y que piensa la política en términos de un juego de suma cero, para los teóricos democrático-pluralistas la imagen es opuesta porque creen que la política es una competencia de muchas fuerzas que median múltiples intereses y resultan en juegos de suma mayor de cero. Por tanto, según estos últimos, el poder no puede ser jamás poseído de manera estable; su distribución tiene un carácter variable entre fuerzas que se mantienen en continuo cambio, por lo que no resulta nunca en una estructura jerárquica que sea permanente en el tiempo.

La escuela marxista surgió también a fines del siglo XIX e influyó hasta mediados del siglo XX. El motor de la historia, según esta teoría, es la lucha de clases que durante el régimen capitalista se resume en la confrontación de intereses entre la burguesía y el proletariado. La clase burguesa detenta la propiedad de los medios de producción y acumula capital en el proceso de producción apropiándose de la plusvalía generada por la clase obrera. Estas condiciones materiales conforman la base o estructura económica sobre la que se edifica el aparato de explotación y dominio de

una clase sobre la otra, situación que se materializa a través del poder que la burguesía detenta por el manejo hegemónico del Estado. Del control del Estado, en consecuencia, emana el poder de la clase burguesa sobre la proletaria porque el Estado condensa el funcionamiento de una superestructura ideológica y jurídico-política. El poder político, por tanto, se expresa en el Estado, pero se lo ejerce por intermedio de las elites que sirven a los intereses de la clase dominante; estas elites están en la cúspide del aparato estatal y lo manejan, pero quien detenta el poder es la clase dominante y no así sus intermediarios.

UN BALANCE DE LA PRODUCCIÓN NACIONAL RECIENTE SOBRE EL TEMA

La literatura social boliviana actual está más enfocada en el análisis de temas referidos a los sectores subalternos, mientras que suele prestar mucha menos atención a los sectores dominantes. Quizá por la tradición fuertemente nacionalista, populista e indigenista de la revolución de 1952, los intelectuales bolivianos contemporáneos se embelesaron con el análisis de la emergencia y del rol político de las organizaciones obreras, campesinas y de clase media hasta la década de 1980, para luego concentrarse en el tema indígena que está aún vigente en nuestros días. En contraste, son pocos los que se dedican a investigar sobre las elites, sus orígenes históricos, sus estructuras y redes de poder, sus proyectos de nación o de región y sus estrategias de civilización y dominio. Menos aún se interesan en la simbología del poder de las elites, en los ámbitos y estrategias de su reproducción social o en las formas de acumulación de su capital cultural. Debido a este profundo desconocimiento es que cualquier referencia concreta a las elites de poder en Bolivia suele estar impregnada por juicios de valor o estar recubierto por los velos del prejuicio.

Si la revolución del 52 influyó en la manera de interpretar los fenómenos de la sociedad priorizando lo popular, en



términos estructurales significó la transformación de la geografía económica y social del país. La declinación de la minería del estaño, hasta entonces asociada a la región andina del occidente, y el auge de la producción agroindustrial y ganadera en los territorios del oriente, reconfiguraron las balanzas de los poderes económico y político regionales. En la región del oriente se inició desde entonces un proceso sostenido de crecimiento que logró convertirla en el motor de la economía nacional atrayendo inmigrantes internos y externos, en cuyo proceso la ciudad de Santa Cruz se convirtió en el nodo de la acumulación del capital económico y cultural del país. La Nueva Política Económica (NPE) de 1985 señaló el momento de la crisis total de la minería occidental y con ella se desmoronó el modelo de acumulación revolucionario, que tenía en el Estado y en sus clientes corporativos a los agentes más importantes de la economía nacional. Entonces, se dio paso a un nuevo modelo de acumulación fundamentado en los principios del libre mercado, pero con la aplicación de este modelo resaltaron los resultados perversos de la concentración de la riqueza y del aumento de la pobreza. Ambos aspectos negativos se manifestaron en la súbita concentración de poblaciones de inmigrantes rurales pobres en las ciudades del eje de la conurbación nacional (La Paz-El Alto, Cochabamba y Santa Cruz), donde se produjeron cambios importantes en las estructuras del poder urbano.

¿Qué intereses económicos están por detrás de estas pugnas políticas? ¿Quiénes son los que conforman estas nuevas elites económicas? ¿En la explotación de qué sectores de la economía se respalda la emergencia de estas elites? ¿Qué proyectos de orden nacional o regional han elaborado? ¿Cuál es su extracción social y en qué ámbitos se reproducen? ¿A qué lógicas simbólicas responden sus estrategias de poder? ¿Qué proyectos culturales propugnan y cómo plantean la circulación del conocimiento entre sus miembros? ¿Cómo se tejen las redes por las que circula su poder? ¿Cómo se reflejan estas pugnas políticas en el ámbito regional? ¿Cuáles son las elites regionales y qué grado de integración existe entre ellas? En resumen, ¿Quiénes son los que mandan en Bolivia y quiénes les obedecen?

Este cúmulo de preguntas tan complejas inspiró algunos trabajos de investigación muy recientes que se discutirán a continuación. Lo que en principio nos parece interesante resaltar es que la mayor parte de ellos están referidos a la región oriental del país (tres a Santa Cruz y dos al Beni) y otro a los valles de Cochabamba. No conocemos de ningún trabajo publicado sobre la región del altiplano occidental, ya sea de La Paz, Oruro o Potosí. ¿Por qué el interés sobre las elites de poder aparenta ser mayor en el oriente que en el occidente? Quizá porque el estatuto de las elites orientales es más hegemónico en términos económicos, aunque esté acompañado de un liderazgo más relativo en aspectos simbólicos y culturales, pero que en todo caso configura un perfil investigativo más o menos coherente. En cambio, las elites occidentales aparecen más desdibujadas, sin un liderazgo económico importante y con un manejo simbólico y cultural débilmente compartido por la población regional, lo que configura un perfil de investigación poco coherente y de difícil tratamiento.

SANTA CRUZ

La obra de Prado, Seleme y Peña, *Poder y elites en Santa Cruz. Tres visiones sobre un mismo tema* (2007), es un trabajo colectivo en el cual cada autor ha escrito un ensayo sobre distintos aspectos del

poder y las elites cruceñas. En términos históricos, nos dicen, la región de Santa Cruz estuvo marginada del poder y de los mercados mineros de occidente hasta mediados del siglo XX. Recién durante la década de 1940, a través del Plan Bohan, es que se plantea la diversificación de la economía nacional integrando el oriente al resto de Bolivia. El Estado inició la llamada “Marcha al Oriente” con el fin de ampliar la frontera agraria, asegurar la provisión de alimentos al mercado nacional y agregar valor a determinados productos agrarios de exportación. En consecuencia, se incentivó la migración dirigida y espontánea desde el occidente, se financió la producción agroindustrial y los proyectos de riego, y a través de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) se incrementó la producción de crudo, el 11% de cuyo valor fue entregado a la región en calidad de regalías.

“Al contrario de lo sucedido en los valles y el altiplano, la Reforma Agraria de 1953 reforzó las relaciones de poder cruceñas [...] centradas alrededor de la tenencia de la tierra y su explotación [...] Grandes propiedades agrícolas se establecieron a la sombra de la Reforma Agraria, y también muchos pequeños productores recién migrados desde el occidente se establecieron en lo que vino a llamarse ‘colonias’. Esto último, sin embargo, no fue óbice para que la antigua estructura de poder se afanzara en la región” (p.111). En otras palabras, la revolución de 1952 consolidó el poder de las elites de la región cruceña, afirmando su dominio sobre la tierra, los recursos naturales y sobre una industria derivada de la explotación agropecuaria, lo que le permitió controlar e integrar a la población de inmigrantes que para 1980 significaba más del 40% de la población del departamento.

La NPE de 1985 produjo importantes cambios en la economía y sociedad cruceñas, cuyo aporte al PIB nacional fue creciendo hasta llegar a un 30% en el año 2000. La economía se vinculó a los mercados internacionales sobre todo a través de la producción de soya y sus derivados y, en consecuencia, los intereses extranjeros penetraron en sus industrias tradicionales. Los flujos migratorios nacionales e internacionales se incrementaron de tal forma que la sociedad se hizo mucho más compleja colocando sobre la mesa del debate el tema de la identidad regional, el cual fue inmediatamente capitalizado por el Comité pro Santa Cruz que hizo suyo el discurso de la “identidad cruceña”. Es entonces, en este contexto de cambios, “donde el discurso que gira alrededor de la pregunta ‘¿qué somos?’ sirve para preservar y en algunos casos construir e inventar, la especificidad cultural a partir de la cual, en los siguientes años, se aglutinarán los diversos sectores sociales de Santa Cruz. Desde esa supuesta indiferenciada unidad, se hace posible el enfrentamiento y el cuestionamiento a la estructura centralista del Estado” (p.130). En este período surgieron nuevos actores sociales que transformaron las relaciones de poder cruceñas e interpelaron el discurso hegemónico de sus elites. Ellos son las juntas vecinales, los sindicatos gremiales urbanos, los sindicatos de colonizadores y los pueblos indígenas del oriente boliviano. Aunque, paralelamente, surgieron también grupos de poder que controlan los medios de información, fortaleciendo el discurso de las elites.

En la actualidad, el ascenso al poder del Movimiento al Socialismo (MAS), sumado a la aplicación de sus políticas derivadas de la “agenda de octubre” y de la redistribución de tierras en el oriente, ha planteado nuevos retos a las elites cruceñas, las que para mantener su posición dominante se ven obligadas a repensar el alcance de su liderazgo inicialmente regional hacia otro de orden nacional. Para ello deben

modificar sus actuales criterios respecto a que lo regional está necesariamente enfrentado al Estado y de que el conflicto región-Estado es el único significativo en su conformación histórica regional. En consecuencia, estas elites deberán calibrar en el futuro el manejo discursivo y práctico de otros problemas como las luchas sociales al interior de la sociedad cruceña, sus relaciones cotidianas con los mestizos e indígenas y la posición social de las mujeres.

En la investigación inédita de Chalup et.al. “Elites cruceñas y autonomías departamentales. Una mirada desde las subjetividades” (2006), la autora caracteriza a las elites cruceñas como una “clase construida” y pretenden descifrar sus percepciones subjetivas respecto al proceso autonómico y a sus principales componentes discursivos, como ser el territorio, los recursos naturales, las migraciones y las percepciones étnicas. Las elites cruceñas, afirman, se consolidaron en contraposición a los intereses de las oligarquías mineras de la plata y del estaño, cuyos proyectos nacionales marginaban los intereses de Santa Cruz. Para evitar confundir esos intereses y reducirlos en una aparente unidad, es preferible “descartar el concepto de oligarquía para aplicarlo a la clase dominante cruceña y [...] plantear una categoría diferente como la descrita de ‘clase construida’” (p.154). La elite cruceña se autodefine por el referente agropecuario y percibe al Comité pro Santa Cruz como a su entidad aglutinadora superior, considera que ha desarrollado una institucionalidad propia que funciona en red (fraternidades y comparsas) y que ha construido su capital simbólico a través del discurso sobre la identidad cruceña. En términos políticos, esta elite ha optado “por ampliar el horizonte de su cierre social, permitiendo el acceso de mayor número de individuos a su clase y cediendo espacios de poder que permitan su reproducción como clase”. En este contexto político, la propuesta autonómica se constituye en el eje articulador que permite construir su hegemonía regional de arriba hacia abajo.

Recientemente se publicó el trabajo de Soruco, Plata y Medeiros, *Los barones del Oriente. El poder en Santa Cruz ayer y hoy* (2008), que según lo definen sus autores “no es una historia regional *per se*, es la historia de una elite, sus discursos y modelo económico, asentada en una región, Santa Cruz, pero interpretada bajo un contexto nacional” (p.xxi). En realidad, la obra está compuesta por tres artículos sobre distintos temas vinculados que escriben cada uno de los autores. En el artículo inicial, Soruco plantea de partida dos premisas bajo cuya lógica interpretará los datos históricos que utiliza para arribar a una conclusión consecuente. La primera afirma que “en la Santa Cruz republicana no hubo una renovación de elites, es decir, que el núcleo original, conformado a partir del primer momento de inserción al mercado capitalista (auge de la goma 1880-1915) define hasta hoy el modo de ser de este grupo” (p.1). La segunda dice que “la coyuntura actual de crisis desnuda el carácter instrumental de este grupo social que está dispuesto a poner en peligro la economía nacional [...] y el mismo principio democrático [...] con el único y fundamental objetivo de reproducirse a sí mismo” (p. 4). Por lo tanto, concluye la autora, es cuestionable la capacidad de la elite cruceña de construir hegemonía cuando no ha logrado consenso regional ni menos nacional de sus políticas de dominación, las que están basadas en un estilo político dictatorial de imposición que tienden a eliminar a su adversario que es el Estado central. “El sueño actual de la elite cruceña, por tanto, no es el sueño hegemónico, sino un sueño de dominación,

que no puede durar mucho” (p.94), sobre todo porque en su desarrollo histórico dicha elite cruceña no ha vivido aún la experiencia de pactar su discurso con los sectores populares como les sucedió a las elites de la región andina en 1952 y también porque el modelo de acumulación que le permite reproducirse está vinculado más al mercado mundial y no toma en cuenta las necesidades del mercado nacional.

El artículo de Plata, en la misma vena teórica y metodológica de Soruco, formula también las premisas de partida que le conducen a su conclusión. El discurso regional cruceño que emana del Comité Cívico pro Santa Cruz como portavoz de la elite tiene dos vectores, dice el autor: “Primero, la auto percepción de ser distintos o superiores del resto de la población boliviana por su origen hispano [...]. Segundo, la lucha contra el centralismo estatal de la región andina de Bolivia, de ahí es que surge la propuesta de la autonomía departamental” (p.103). El análisis de Plata está influido por la teoría clásica de las elites según la cual el poder se concentra y se perpetúa en minorías organizadas que dominan a la masa impotente y por aquellas teorías que priorizan la significación del lenguaje en el discurso político ya que éste “no está dirigido a decir la verdad científica sobre la realidad”, sino que trata “de definir qué sentido tienen las cosas, en el sentido de proyecto, en el sentido de valoración, basados también en una dilucidación de qué es lo que está pasando y qué es lo que hay que hacer” (p.105). Plata concluye, consecuentemente, que “la virtual aprobación de los Estatutos Autonómicos será la culminación de una larga lucha en pos de la autonomía, pero esos estatutos tienen una clara orientación separatista, y están redactados para un Estado independiente” (p.162).

Por último, el artículo de Medeiros analiza la evolución del sector sojero boliviano, el cual se ha convertido en la “estrella exportadora” de los últimos años, concluyendo que el año 2005 el sector sojero representó el 13% de las exportaciones y usó el 43% de la superficie cultivada nacional, por lo que su importancia en la economía nacional es muy grande; atrajo altos flujos inmigratorios del occidente e incentivó la ampliación de las empresas agroindustriales. Sin embargo, dice el autor, sus ventajas comparativas se fundan en tres factores que parecen no ser sostenibles a largo plazo: “la existencia de tierras nuevas, baratas y con fertilidad inicial adecuada; una política de producción cada vez más tecnificada y en grandes extensiones de tierra y un mercado andino amplio y protegido” (p. 233). Con el fin de fortalecer este sector productivo, el autor recomienda apuntar a la exportación de soja con valor agregado o buscar la diferenciación al producir soja orgánica; desarrollar políticas destinadas al sector rural para propiciar incentivos que estimulen la participación en empleos rurales no agrícolas; y, finalmente, estudiar el impacto del crecimiento de la frontera productiva sojera en relación a la sustitución de actividades productivas previas y a la concentración de la propiedad de la tierra.

BENI

Las dos investigaciones sobre las elites del departamento del Beni que comentaremos a continuación, coinciden en señalar los estrechos vínculos que se forman entre la sociedad cruceña y las elites benianas a partir del siglo XIX, y en la gran importancia que



tuvieron los inmigrantes extranjeros en el proceso de conformación y consolidación de los intereses económicos de dichos grupos familiares elitistas. Además, coinciden también en caracterizar a la sociedad beniana como patrimonial y patriarcal, dado que el poder se asienta en el monopolio territorial que sustenta la actividad ganadera y que las relaciones de producción que vinculan a los terratenientes con los trabajadores agrarios funcionan bajo un régimen vertical y de tipo autoritario. En dicho contexto, ambos trabajos se enfocan en el análisis de la cultura política de las elites benianas e intentan descifrar sus rasgos característicos en relación a los desafíos de la modernización democrática contemporánea.

La obra de Rojas, Tapia y Bazoberry, *Elites a la vuelta del siglo. Cultura política en el Beni* (2000), según sus propios autores, “se centra en las elites políticas y en lo que otras elites piensan y hacen con relación a la política” (p.9). En las estructuras sociales y políticas del Beni, nos dicen, coexisten tecnologías y profesionalismos que corresponden a diferentes tiempos de desarrollo y de vida social, razón por la cual en el estudio se utiliza una composición de teorías que dan cuenta de su carácter específico. De los resultados obtenidos en sus encuestas de opinión aplicados a grupos de elite de la capital y provincias,

concluyen algunos puntos clave. Primero, que existe una brecha importante entre el “persistente reclamo de postergación con que las elites benianas interpellan al nivel central [en relación] con la magnitud y proporción de sus propias inversiones, que son menores que las de un departamento chico (en riqueza y extensión) como Tarija, pero comparable en población y PIB per cápita. Entonces, este reclamo es más una estrategia discursiva que una auténtica preocupación y compromiso por su región, todavía considerada como fuente de extracción antes que destino de inversión”. Segundo, en relación a los valores democráticos, “los partidos políticos son muy criticados por todos, pero con poco cambio en su conducta, especialmente en lo referente a las prácticas clientelares y prebendales que sin excepción critica la misma elite partidista, pero no modifica conductas”. En resumen, los autores consideran que subsiste en la cultura política de las elites benianas “la imagen muy fuerte, todavía, del empresario emprendedor (a la manera de Antonio Vaca Díez y Nicolás Suárez), con dicho rasgo promisorio, pero también con el lado paternalista y patronal [situación que se encuentra] en proceso de cambio y donde queda un largo proceso por construir, pero ciertamente no está estancada ni definitivamente orientada al conservadurismo” (p.219-25).

La investigación de Rea, *Elite carayana. Dominación estructural y modernización política en San Borja* (2005), se enfoca en la sociedad local de San Borja y desentraña los mecanismos de dominación practicados por una elite que “se ha distinguido de la ‘rosca’ occidental, demasiado ligada a la minería, por el adjetivo de *carayana*, término que identifica a los mestizos descendientes de inmigrantes cruceños o extranjeros que llegaron a Beni en el siglo XIX y principios del XX”. La reforma agraria de 1953 suprimió el sistema del *habilito* (servidumbre personal por deudas) que funcionaba en la haciendas ganaderas hasta entonces, “pero no pudo cambiar las estructuras ni revertir la realidad de los terratenientes. Al contrario, facilitó la inscripción de tierras y, mediante la herencia, éstas se consolidaron en manos de unas pocas familias”. La NPE de 1985, cuyo propósito era acondicionar al Estado para insertarse en la economía global y de esa manera generar crecimiento económico local y nacional, no funcionó así en San Borja donde más bien “este proceso no ha servido más que para profundizar las diferencias. Por ejemplo, los capitales foráneos entraron con gran fuerza en pos de las riquezas madereras de los bosques occidentales del Beni”. Asimismo, la modernización estatal, vía las leyes de descentralización administrativa y participación popular, no logró incorporar efectivamente a las poblaciones indígenas y fortalecer el poder económico y político de las elites locales (p.115-6). En consecuencia, mientras el modelo de cambio provenga de afuera de la sociedad regional, desde el centralismo, que considera al país como una realidad homogénea; mientras la economía beniana siga basada en la explotación de los recursos naturales; y mientras el sistema político

mantenga aquellos nexos que vinculan a las burocracias locales con el poder central, entonces se perpetuará la dominación de las elites *carayanas*, pese a la incesante llegada de inmigrantes collas que logran situarse de inmediato por encima de los indígenas en las estructuras de poder local.

COCHABAMBA

En el trabajo de Gordillo, Rivera y Sulcata, *¿Pitaa kaypi kamachiq? Las estructuras de poder en Cochabamba, 1940-2006* (2007), se plantea el tema del mando actual en la región de Cochabamba. Los autores abordan este problema desde una perspectiva histórica y sociológica, centrando su atención en los hitos temporales de 1952 y 1985, cuando las elites de poder regional resultaron muy afectadas.

El proyecto liberal minero monoexportador de principios del siglo XX, dicen, marginó del poder nacional a las elites de las regiones agrarias que como Cochabamba surtían de alimentos a los mercados del altiplano. La reforma agraria de 1953 les expropió su base de reproducción económica y en su reemplazo miles de campesinos se adueñaron de las parcelas desmembradas de las haciendas. El sindicalismo agrario fue fortalecido por el régimen del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y el poder de los dirigentes campesinos alcanzó grados muy altos, tanto a nivel regional como nacional, pero como grupo social estos sectores campesinos nunca fueron proyectados económica ni socialmente por el Estado revolucionario. Por tanto, a diferencia de lo ocurrido en el caso de Santa Cruz, la reforma agraria de 1953 destruyó el poder de las elites agrarias cochabambinas y de las incipientes elites industriales urbanas, las que no fueron reemplazadas por ningún otro grupo de poder que proyectara el futuro regional. La NPE de 1985 desplazó definitivamente a estas elites tradicionales que después de la revolución se afincaron en la ciudad de Cochabamba y las fraccionó totalmente. Las masas de inmigrantes que llegaban a la ciudad de Cochabamba se organizaron en poderosos gremios de comerciantes, transportistas y regantes, entre otros, los que adquirieron gran importancia económica y una enorme capacidad de presión política, manejándose al margen de algún proyecto regional común dada la debilidad de una elite de poder que la diseñe. Estos grupos sociales emergentes tampoco han logrado, por lo menos hasta ahora, convertirse en elites de poder regional y su comportamiento gira en torno a reivindicaciones sectoriales y corporativas.

Entonces, si la agricultura regional es inviable porque el sindicalismo campesino está aún presente en el agro bloqueando la inversión privada y limitando su capacidad de generar riqueza¹, y si los intensos flujos de inmigración se concentran en el área urbana de una ciudad no industrial sino que presta servicios atomizados, ¿en la explotación de qué actividad económica se sustenta y se reproduce su elite de poder? Los autores creen que una de las pocas alternativas de reproducción social y económica de los grupos de poder en la Cochabamba contemporánea está al interior de las instituciones públicas que manejan fondos del Estado, tales como son la prefectura, las alcaldías y la universidad pública, entre otras. En este punto se introduce el concepto de “elites burocráticas” en el análisis para explicar cómo se conforman unos ámbitos institucionales más o menos cerrados

donde estos grupos de interés se reproducen, dichos ámbitos son comprendidos como un sistema interconectado de “campanas de poder”, cada una de las cuales detenta su propio aparato burocrático a través del cual se maneja el conocimiento administrativo y técnico, para distribuir los recursos estatales entre las elites económicas y políticas.

UN LLAMADO A REALIZAR INVESTIGACIONES EMPÍRICAS

La lectura de estos escasos trabajos de investigación sobre los poderes regionales en el país, sin duda que ilumina el espectro del poder nacional. Ya no parece pertinente la idea de una “oligarquía” nacional perenne que concierne en sí misma los poderes de la economía, de la política y de la sociedad, y menos aún que detente una simbología del poder compartida por todos y en la cual fundamente su hegemonía. Es imperiosa, por tanto, la necesidad de abordar el tema del poder nacional desde las distintas regiones y empezar a comprenderlo agregando las experiencias históricas por las que han atravesado las elites de poder regional en el proceso de construcción de una nueva matriz de subordinación.

Los pocos autores que se han atrevido a abordar el análisis del carácter de las elites de poder nacional y a discutir algunos aspectos de su comportamiento, lo han hecho casi siempre desde la perspectiva de su cultura política. Entre algunos de ellos podemos citar, sólo a modo de ejemplo, a Romero (2003) y Mansilla (2007), quienes reflexionan en sus obras acerca de los comportamientos políticos y de las actitudes mentales de algunos segmentos de las elites bolivianas. Sin embargo, se hace evidente que resulta aún problemático para los analistas reflexionar sobre las elites del país sin contar con estudios empíricos previos que hayan abordado el tema ya sea desde la perspectiva de períodos y espacios específicos, actividades concretas o grupos sociales precisos.

En consecuencia, se vuelve urgente la necesidad de producir trabajos empíricos sobre esta temática profundizando los estudios donde se hayan iniciado y abriendo espacios de análisis en aquellas regiones en las que este tipo de estudios aún no han sido encarados. Por ejemplo, es imprescindible empezar a investigar sobre el poder regional en La Paz, ya que, al ser la sede de gobierno, las elites políticas parecen eclipsar a sus elites locales. Asimismo, es vital estudiar este tema en la región de Tarija donde se están produciendo transformaciones económicas y demográficas profundas que de hecho van a alterar los equilibrios del poder nacional.

EL PODER Y LA SUBORDINACIÓN EN BOLIVIA

¿Por qué es importante saber quiénes son los que mandan en Bolivia? Indudablemente, porque es necesario conocer a quiénes les obedecen. Sobre todo a partir de la revolución de 1952 y como efecto de las políticas revolucionarias sobre el uso y el control de los recursos naturales, de la industria y el comercio, de las finanzas públicas y privadas, de la educación, y de otros aspectos importantes que transformaron el país, es necesario revisar los procesos de cambios regionales y calibrar las consecuencias que tuvo sobre sus elites de poder respectivas. De hecho, ahora

es posible pensar que el concepto de revolución nacional contiene en realidad a múltiples revoluciones regionales con efectos diferentes sobre cada una de sus sociedades locales.

La comparación de los resultados de las investigaciones sobre las elites de Cochabamba y Santa Cruz elaboradas hasta el momento, por ejemplo, nos permite observar cómo la reforma agraria de 1953 desmanteló a sus elites, en un caso, y las fortaleció, en el otro, ocasionando la fragmentación del poder en los valles y su concentración en el oriente. Asimismo, de los resultados de estas investigaciones iniciales podemos ya comprender que los cambios en cada región tienen un carácter específico y que no se los debe interpretar con la lente de otra región ni con una mirada nacional homogénea. Como tampoco podemos seguir pensando que la vía del cambio revolucionario fue única y que por ese camino deben transitar, necesariamente, todas las sociedades regionales.

Por último, esas investigaciones nos señalan también que las políticas liberales de la década de 1980 fueron los detonantes de otra serie de transformaciones estructurales en las relaciones de poder regional y nacional. En el caso de Cochabamba, la penetración del capital internacional terminó por marginar del poder a las elites tradicionales, en contraste con lo ocurrido en Santa Cruz donde sus elites se ampliaron socialmente y se fortalecieron en términos financieros. Cochabamba no volvió a recuperar más su calidad de región agropecuaria, en cambio Santa Cruz modernizó su sector agrario y se insertó con éxito al mercado mundial.

¿Cuál será la situación de las elites de poder en las otras regiones del país y sobre todo en las sociedades del altiplano occidental? Es sin duda vital el obtener respuestas sobre estas cuestiones para empezar a descifrar las múltiples incógnitas del poder nacional.

NOTAS

- 1 Los autores señalan que se debe estudiar específicamente la economía de la coca y la de sus productos derivados para comprender mejor el tema del poder en Cochabamba.

BIBLIOGRAFÍA

- Chalup, Lourdes; Nelson Jordán Bazán, Franca Calmotti y Karin Hollweg
2006 “Elites cruceñas y autonomías departamentales. Una mirada desde las subjetividades”. La Paz: Informe final de investigación al PIEB.
- Gordillo, José M.; Alberto Rivera y Ana Sulcata
2007 *¿Pitaa kaypi kamachiq? Las estructuras de poder en Cochabamba, 1940-2006*. La Paz: CESU/DICYT-UMSS y PIEB.
- Mansilla, H.C.F.
2007 *Identidades conflictivas y la cultura del autoritarismo. La mentalidad tradicional ante los desafíos de la democracia moderna*. La Paz: Fundemos/ Hanns-Seidel Stiftung.
- Prado, Fernando; Susana Seleme y Claudia Peña
2007 *Poder y elites en Santa Cruz. Tres visiones sobre un mismo tema*. Santa Cruz: Cordaid/Cedure/Editorial El País.
- Rea, Hilda
2005 *Elite carayana. Dominación estructural y modernización política en San Borja*. La Paz: PIEB.
- Rojas, Gonzalo; Luis Tapia y Oscar Bazoberry
2000 *Elites a la vuelta del siglo. Cultura política en el Beni*. La Paz: PIEB.
- Romero Ballivián, Salvador
2003 *Razón y sentimiento. La socialización política y las trayectorias electorales en la elite boliviana*. La Paz: Fundemos/Hanns-Seidel Stiftung/PIEB.
- Soruco, Ximena; Wilfredo Plata y Gustavo Medeiros
2008 *Los barones del Oriente. El poder en Santa Cruz ayer y hoy*. La Paz: Fundación Tierra.